

y la coloca en el sitio donde debe adquirir nuevo é inmortal renombre. ¡Oh! ¡Qué golpe de luz tan sorprendente! Muéstrase la agraciada aurora, y parten luego á sepultarse las tinieblas: da la cara esta valiente Judit, y á su vista es destrozado el ejército sitiador de la llorosa Betulia. Siente su brazo fuerte el orgulloso caudillo: titubea, tiembla confuso el palacio de Nabucodonosor. . . . No hay remedio, queretanos; cayó para siempre la idolatría de este suelo: no encontrareis ya en él Micas y Labaanes que insulten al Dios de las venganzas: María es solo la que preside, quien lleva la voz, la que impera. Ni es tan dócil la cera para liquidarse puesta al rayo del astro refulgente, como lo son aquellos corazones para derretirse al grato ánimo de este fuego celestial.

Mas tambien ¿cuál no demuestra sus amorosos desvelos, sus entrañas de misericordia en favor de los recién convertidos? ¿Cuál no se porta para atraerlos, para reducirlos y embriagarlos, digámoslo así, con su dulce leche? Hace ver de bulto que con ella en torno han venido todos los bienes. Reúnense de pronto salud, tranquilidad, abundancia. Nada que altere el agradable reposo, nada que interrumpa la dicha de sus moradores. . . .; Huid á esconderos en esos tenebrosos subterráneos, asoladoras plagas que embestis á los mortales, y dais con ellos en la miserable fosa! Ni mas luto, ni mas llanto, ni mas dolor aparezca en estos contornos: sea todo calma, satisfaccion, alegría; todo consuelo en la amable corredentora.

Verdad es que como la arca de la alianza depositada por tres meses en la casa de Obededon, produjo en ella de un golpe tantos bienes, en grado que pare-

cia tener el cielo abiertas de par en par sus puertas eternas, así allí María descansando, no pasageramente, sino sentada sobre firme, hace que la naturaleza convulsa ántes y moribunda, se vigorice convirtiéndose este suelo en un delicioso Eden.

Parece hiperbólica la expresion; mas recorred la vista á lo que era entónces Querétaro y lo que fué despues que se extendió la veneracion de ese Iris de reconciliacion y paz. Crece rápidamente y se ilustra la poblacion: cúbrense de amenidad sus campiñas; la industria se propaga; se multiplican las fortunas; la moral se aumenta; tremola el estandarte del Crucificado; se tributan honores á su inmaculada Madre. ¡O qué halagadora perspectiva! ¿Y qué mas pudiera hacer la sagrada Reina á fin de consolidar la dicha en este suelo? Pues si ello es así, bueno es que yo recuerde, para gloria de sus fieles hijos, lo que una vez publicaron los padres griegos y latinos despues del concilio de Efeso; esto es, que si los idólatras vienen al conocimiento de la verdad; si el imperio del demonio y del error queda vencido; y si la cristiana religion se establece sobre las ruinas del paganismo, despues de Dios, lo debemos al grande empeño de María. ¿Y no es ella una proteccion benévola? ¿No fué esto lo que vieron en esa divina copia nuestros padres, y les engendró aquella noble confianza? Sí, y eso alienta hoy la nuestra para pedirle nos alcance del Supremo ordenador, que en las actuales elecciones rija el buen órden, la union, la paz: que en ellas resalte la mas pura intencion: que sea uno el común sentir del sabio cuerpo electoral; mas no olvidemos que ellos vieron tambien una proteccion segura.

Es preciso convenir en que Dios, queriendo manifestar cuanto le es grata esta obra propia de su gran poder, hizo de ella como un epílogo de sus dones, comunicándole con profusión todas sus riquezas; y así es como dice San Bernardo, que las distinciones todas, las grandes distinciones que recibieron los ángeles y los hombres, se reunieron sin peso ni medida en aquella excelsa criatura que habia de traer al mundo al Dios de las naciones; por manera que siendo este el garante de su indefectible valimiento, ya podemos los hombres acudir á ella seguros y confiados.

Mas esto ¿no lo pregonan con lenguas mil todos aquellos pueblos que teniendo la dicha de poseerla, se han puesto bajo sus auspicios reconociéndola por alguna especial advocacion? Cataluña al abrigo de su portentosa Monserrate: Asturias al de su esclarecida Cobadonga: Aragon á la del Pilar: á la de Aranzazu Vizcaya: Italia á la de Loreto: á la de la Peña Francia: el Perú al de Copacabana, ¿qué no cuentan, qué no publican en orden á tan seguro patrocinio? Y Méjico, y la distinguida Méjico de su insigne Guadaluana ¿qué garantías no canta?

Empresa ardua, cuando no atrevida, es querer enumerar tantas imágenes bajo las cuales Dios ha hecho resplandecer sus misericordias; siendo de ellas María, como nota un santo padre, la única y fiel dispensadora. ¿Y faltarán á este suelo documentos con que hacer brillar la seguridad en su celestial patrona? ¡Ah! yo veo acercarse á mis ojos un hermoso cuadro que me enternece, y llena el alma de pasmo re-

verencial. Siento levantarse de este auditorio un murmullo que me interrumpe queriendo él solo llevar la voz. . . . Escuchad como se expresa: jamas los queretanos han reconocido conducto mas eficaz, mas certero para entablar sus demandas y dirigir al cielo sus fervientes votos que el de esa soberana imagen; ni recibieron de sus padres otra fe, ni es otro el clamor universal.

Nada ménos que así se explica; y yo advierto señores, en este bello cuadro, que si las calamidades invaden á la feliz Querétaro, al punto corren sus hijos á guarecerse con el prodigioso manto de su amable benefactora: con sinceridad la invocan, y no quedan avergonzados: *et non sunt confusi*. Observo que si impregnada la atmósfera de pútridos miasmas, baten inficionados los aires amenazando á este suelo con la epidemia y sus funestos resultados, los queretanos sin conturbarse vuelan á su sagrado asilo, le dirigen sus plegarias, la nombran con fe viva, y los vientos se purifican, no dañan; sucumbe el amargo mal, calma la angustia: *et non sunt confusi*. Veo que si los campos se esterilizan, y sediento el fatigado labrador suelta el arado; ó si por el contrario, crece tal la tormenta, lanzando el cielo encendidos rayos, que parece no quedar otro recurso á esta populosa ciudad que tocar su extrema ruina, al fuerte grito que fervoroso penetra esas celestes bóvedas invocando los queretanos á su dulce Madre, todo cambia de aspecto: las lluvias bajan sosegadamente y sin estrépito llenando de frescura y verdor la tierra: desaparece el relámpago, la electricidad se ahuyenta, se dilatan los corazones, el peligro cesa: *et non sunt confusi*. Veo que si abriendo

el abismo su garganta arroja una de sus furias, dirigiéndose con derechura á este convento. . . . ¡Santo Dios!! . . . ¿qué veo? ¿qué luctuoso acontecimiento viene aquí acibarando el plausible júbilo? No es este; ¡ó Michoacan! un vástago de tu ilustre tronco; aquel célebre Picazo que hace sesenta y siete años te rigió, y fué tu cabeza respetable? Sí, aquí veo, señores, á este virtuoso prelado acometido por un asesino, que impulsado de la pasión mas fuerte, se ha propuesto causar su ruina; ¡qué lance tan estrecho! Solo, desprevenido, indefenso, ¿qué arbitrio le queda al afligido religioso para no sucumbir á la saña brutal de este enemigo que bien armado, y ciego de la cólera, le asesta con mortales tiros? Sin embargo, Picazo en aquellos malhadados momentos vuelve los ojos á su adorada Madre la Virgen del Pueblito: libra en ella su defensa, con fe pura le invoca. No morirá. Se le disparan sucesivamente cuatro pistolas: llueven á menudo sobre él los golpes; se echa mano por último del puñal; con todo, Picazo firme no aparta de su corazón estas palabras: Si María es mi egida, ¿quién contra mí? El suplica, ruega, insta en su nombre. No morirá. Por fin, señores, descarga aquel frenético todo su furor: las pistolas se rompen, el puñal se le escapa de las manos; y qué ¿la víctima inerte ya murió??? No, vive todavía; y aunque estropeada, aunque herida, aunque quemada, triunfa del poderío de la muerte, salva de aquella tormenta: *et non sunt confusi* (*).

(*) Este ruidoso suceso acaecido el año de sesenta y nueve del siglo pasado, puso en alarma los espíritus, y ocasionó reñidísimas disputas en el orbe literario; mas por fin el eminentísimo señor Lorenzana, arzobispo entonces

Seguid vosotros, si podeis, examinando una por una las pinturas que esparcidas se notan en este vistoso cuadro, que yo no puedo sin conmovermé, sin derramar lágrimas pasar adelante. Continúad entre tanto me recobro, reproduciendo algo de cuanto sobre la materia han escrito los padres. Sí, ellos han dicho, que habiendo el hombre hallado á María, ha encontrado la vida eterna, y ya nada tiene que desear, ni que temer: ellos han dicho, que por su mediación dispensa el Señor sus dones; que sus manos son el canal fecundo de la gracia; que es la coadjutora de Dios para la salvacion de los hombres; que por ella hará cuanto le pidamos, y que nada concede sin que se le pida por María: ellos han dicho, que su valimiento es tal para con su Hijo, que no se presenta ante su trono como súbdita que pide, sino con la autoridad de Madre que manda: ellos. . . . ¿pero adónde me lleva el entusiasmo?

Convengamos en que siendo tales los fundamentos sobre que descansa esta benemérita provincia, hace hoy bien en abandonarse á su potente intercesora para alcanzar del Señor unos prelados segun su corazón; unos nuevos prelados que con prudencia y tino la gobiernen; hace bien, repito, en abandonarse á solo su protección, pues sabe con sus mayores que esta jamas fué fallida, sino segura, continua; mas es la última prueba que voy á desenvolver.

de Méjico, y que ascendió despues al cardenalato, terminó la cuestión, declarando, previo un maduro exámen y consulta de médicos y teólogos, haber sido verdadero milagro este que obró la santísima Señora, lo que podrá servir de gobierno á los ilustrados, que con delicado tacto filosófico tiran sobre él sus conjeturas.

En efecto, hemos visto en esa hermosa sulamita á quien rodea aquel coro de brillantes escuadrones, retratado el brazo fuerte del que la hizo grande; mas como su divina maternidad está fundada en ser una perpetua medianera entre Dios y los hombres, con especialidad de aquellos que se acogen bajo de su ala; sus munificencias no se agotan, ni se limitan á ciertas circunstancias, ciertos tiempos, cierta clase de necesidades: ella nos asegura que ama á los que la aman; y está pronta al ruego de los que en su solicitud madrugan; con lo que basta para persuadirnos de su proteccion continua.

Sin embargo, tiremos una rápida ojeada sobre esta su porcion privilegiada, y entremos reverentes á su santuario. ¡Ah! qué respeto, qué veneracion no infunden esas paredes, esas bóvedas, ese altar, ese magestuoso trono... ¿trono dijé? pues con tiento, señores, con tiento que aquí está de firme aquella arca santa, de quien se cuentan tantos prodigios, y mandó Dios á Salomon que colocase en un magnífico templo, para desde allí estar soplando á menudo sus beneficencias; con tiento, que aquí está María repartiendo á mano llena sus dones, desde que apunta el sol hasta que se hunde en su ocaso.

¿Miento, queretanos? ¿Es esta una exageracion de mi acalorada fantasía, ó es en verdad allí donde como en el templo de Jerusalem reside la magestad y virtud del Señor; donde en cumplimiento de su promesa quiere que permanezca su nombre y su corazon, que estén siempre abiertos sus divinos ojos, y

atentos sus oidos para escuchar todo ruego? Pero ¿qué ménos persuaden esos lienzo, esas pinturas, ese cúmulo de oblacones, signos representativos de sus mercedes? ¿Qué ménos arguyen esas continuas romerías, esas largas velaciones, esos fervorosos rezos? ¿Por qué especie de magnetismo, queretanos, sois impelidos á su santuario en distintas ocasiones, en todos tiempos, ó bien á tributarle gracias por el favor ya concedido, ó á pedirle confiados el que quereis que os dispense?

¿Mas es solo en este venturoso recinto donde hace ostencion de sus bondades la gran Señora? ¿Solo para los queretanos se tiene reservada la perpetuidad de sus larguezas? ¡Ah! Díganlo tantas gentes, que arrostrando dificultades, vienen de lejanos climas con el único fin de visitarla, guiadas de la voladora fama que traspasando esos muros, parte por el orbe publicando sus maravillas: díganlo tantas otras, que no pudiendo acercarse á esa probática piscina, se tienen por muy dichosas con poseer, á lo ménos, medallas, ú otras reliquias tocadas al original, ciertas de que ellas contienen tantas ó mas preeminencias que la capa de Elías, que el báculo de Eliseo, que la sombra de San Pedro para causar beneficios: díganlo... Pero ¿quién duda que á semejanza del astro luminoso, su anhelo maternal se extiende hasta cubrir á todos con su manto? *Non est qui se abscondat à calore ejus.* Expresion valiente del Salmista, que acomoda San Bernardo al singular amparo de María.

¿Qué mucho pues que estimulada esta nobilísima ciudad de tan no interrumpidos favores, se haya ligado con solemne pacto en nombre de su ilustre

cuerpo, segun consta de sus ordenanzas municipales, para ocurrir siempre á su bondadoso seno? Y tu provincia santa, esclarecida Madre mia, ¿qué mucho tambien la juraras tu patrona, tu eternal patrona, no solo en circunstancias como la presente, sino en cuantos asuntos de grave trascendencia se te ofrecen?

Con razon arde en ideas, hiere en halagüeñas pinturas la imaginacion, cada vez que viniendo de su santuario á esta parroquia, es conducida en triunfo la amable Reina; siendo lo primero que nos recuerda aquellos suntuosos recibimientos que se hicieron de la arca, ya en la fortaleza de Sion, ya en la misma Jerusalem. ¡Oh! ¡Qué espectáculo tan edificante, tan asombroso presenta á su vez aquel inmenso pueblo! Todo él se congrega con varia y lucida pompa, sin que falte á la gran celebridad persona alguna: no el poderoso monarca: no el rústico labrador: no el menestral afanoso, no el insomne negociante. Timpanos y clarines dan principio á la marcha: tropas numerosas cubren la dilatada carrera: sigue luego el magestuoso acompañamiento; es por fin conducido el sagrado depósito en hombros sacerdotales, y de seis en seis pasos se sacrifica un buey y un carnero. Diferencia única que se nota en el pueblo queretano; mas ¿qué importa si en vez de esas impuras víctimas, se inmola en sus altares el Cordero immaculado, la hostia santa, viva y agradable á Dios de templo en templo, de novenario en novenario?

Y bien, señores, esos repetidos obsequios, ese general entusiasmo, tan tiernos regocijos ¿no nacen de la firme creencia en que están estas felices gentes de que su proteccion es continua? ¿No fué eso mis-

mo lo que atentos observaron nuestros mayores? Pues ¿cómo esta mi provincia no ha de fundar en María sus esperanzas? ¿cómo no la ha de aclamar para el buen logro de toda una gran familia?

¡Querétaro! ¡mil veces afortunada Querétaro! este es el ejemplo que presenta ante tus ojos, á los del mundo todo la provincia de Michoacan al reunirse hoy en tu seno para celebrar su Capítulo. No olvides pues, que María en ese precioso simulacro te ha sido una Madre tierna, compasiva, bondadosa, cuyos oficios ha desempeñado en tan alto grado, que no tienes mas que desear. No olvides jamas que habiendo en ella el Señor depositado su poder, aquel gran poder que los padres no dudan llamar omnipotencia suplicante, te ha asistido de un modo particular sin desatender nunca tu ruego. No olvides por último que estando su corazon siempre en vela, siempre activo, siempre afanoso, te ha prodigado todo género de beneficios, con lo que acredita que te ha impartido no solo una proteccion benévola, una proteccion segura, sino tambien una proteccion continua. Esto vieron con admiracion tus mayores; esto hizo la confianza de nuestros padres, por la cual permitió Dios que no fueran avergonzados: *In te speraverunt patres nostri: in te speraverunt, et non sunt confusi.* Resta ya solamente que convoques á los pueblos, á las naciones todas que dominan la tierra, para que con palmadas de júbilo y canciones de alegría, alaben contigo al Señor en esa su grande obra que liberal te ha otorgado, para que en ella cifres tu refugio y tu consuelo.

Entre tanto, robusteced ¡ó padres! vuestro clamor: instad á María en presencia de este devoto pue-

blo: dirigidle confiados vuestra humilde súplica, así como á Reina en quien se deposita cuanto grande, cuanto heroico, cuanto agradable á Dios pudo recibir una pura criatura: como á plenipotenciaria de los tesoros del Eterno, obra del divino consejo: escala que conduce al cielo: rayo que de algun modo se desprende del trono de la divinidad.

¿Y quedarémos, Madre nuestra, avergonzados? ¿No nos alcanzarás del que reparte, unos prelados expertos, caritativos, laboriosos que cultiven esta hermosa viña; unos nuevos pastores que velen sobre su rebaño salvándolo de los repentinos asaltos del lobo carnicero? Y cuándo mas que hoy necesita esta provincia de tu protectora influencia, hoy que azarasas circunstancias comprimen los pechos de sus dignos representantes? ¿No ves cuál se lamentan por la escasez de hijos que la consuelen, que sostengan su dignidad y esplendor, que cubran sus diferentes objetos? Los mas de sus profetas muertos, sus sacerdotes destruidos, sus vírgenes desoladas; ni ya vienen, como solian, llenos de gentes esos caminos para asistir á su gran solemnidad. Perdido ha, no hay duda, sus riquezas, su hermosura y decoro la triste hija de Sion. ¡Madre mia, Madre mia! ¿y permitirás que la Señora, la que ha dado tantos hijos, sea tributaria? ¿No le concederás un impulso, un soplo vivificador por fruto de sus elecciones, hoy que con fe pura te invoca? Sí, que en tí confiaron, en tí pusieron sus esperanzas nuestros padres, y no quedaron avergonzados: *In te speraverunt patres nostri: in te speraverunt, et non sunt confusi.*

Nos prometemos, Señora, mediante tu podero-

sa intercesion, un nuevo órden de cosas que influya en bien de esta Jerusalem amable; de modo que así vuelva á levantar su faz serena, y vean en ella las demas provincias una ciudad bien guarnecida, á quien vienen como ántes apresuradas familias y familias numerosas con el laudable fin de adorar al Señor, cumpliendo el precepto santo. Y vosotros, padres y hermanos mios que me acompañais en tan feliz jornada, unid con el mio vuestro acento para desear toda clase de bienes á esta nuestra comun Madre, diciéndole á una voz: Lluevan, ciudad santa, lluevan sobre tí las eternas bendiciones, y sea tal la firmeza de tus muros y de tus torres, que te asegure una paz inalterable en torno de una completa abundancia; mas entiendo ¡ó cara Madre! que si hoy para tí anhelamos esta prosperidad y buena dicha, es en virtud á la confianza que tienes puesta en Dios por el conducto de esa encantadora imágen, á cuya sombra vives segura y sin temores.

ASÍ SEA.

